

Y todo será cuento un día (dos fragmentos)

María Fernanda Palacios

lo tan vivido pero no acabado
Jorge Guillén

e a casa dos que me amaron
trema a través das minhas lágrimas
Fernando Pessoa

como si acariciáramos un recuerdo que se desvanece
y vuelve como una piedra que tapa al mismo recuerdo.
José Lezama Lima

I

Esta mudanza comenzó hace mucho
pero quisimos ser los últimos en bajar
y deshacer los nudos de la sangre.

Ya nadie cortará los manteles ni cerrará con llave
los roperos; no habrá resurrecciones
y todo será cuento un día.

Ahora podemos empezar un trato con las sombras
que conversan bajo el polvo, en las sienas
y en tramos desiguales
hacen temblar los cuartos de la espera.

Ahora podemos saborear la sal acumulada
y segregar la miel
como alguien que decide aposentarse
sonámbulo

y respira
recuerda
no la raíz ni la semilla ni la huella
de los nombres en la piedra
no la historia del drama ni el incendio
digo apenas la orilla del fuego:
el resplandor de lo perdido que no llegamos a vivir
en la penumbra de lo vivido que no supimos perder.

Ahora que todo está fijo y quieto
y sabemos como suena el vacío
podemos repetir las ancestrales tareas
no digo los hábitos en su inefable artesanía
no digo el fugitivo trajín de los recados
hablo más bien de esas cosas sin ruido:
la ceniza y el pan
las cestas de la ropa, la piedra de amolar
la luz que se convierte en brisa, en canto, en grillo.

Hablo del lento sacrificio de las horas
que año tras año
ha destruido el jardín y la quimera.

Ahora que no tenemos a quien contar las cosas
Ahora que nada pasa o pesa
comienza al fin la forja de la casa perdida.

Me figuro que soy algún insomne que tantea
en su ansiedad y su nostalgia.
Un ser que ha perdido las señas
y siente
cómo los gestos se mueven en silencio
y desaparecen.

Ahora que nadie vive aquí
y nadie muere
y todos olvidan
emprendemos la atrevida excursión
a los cuartos de arriba:
allí vimos atesorar los sueños
y nacer las crías.
Ahora, en la nueva extensión
la sombra engendra un cuerpo
despierta

la frágil dinastía
somniales
los instintos aguardan
y perduran
al hilo de los parecidos y los desaparecidos
abren el pesado baúl
la muerte innumerable
y la confusa colmena.

En boca generosa
la inocencia navega:
con los vestidos blancos y los zapatos rojos
con las rodillas rotas
ellas vieron pasar la procesión:
la vida era un murmullo de voces allá abajo
un repique de pasos, unos vidrios
una fiesta perenne donde nadie lloraba
ni reía, donde todos jugaban
y lo irreal reinaba
sumergido
en la espesura penetrable de los caldos
donde fraguan la resistencia
y el enigma, la hora medieval
de la casa y la familia.

II

Como un racimo suspendido
la infancia se detiene
incubando en silencio su peligrosa primavera.

Aún escucho la música imperiosa
del amolador en mi ventana, la lengua indescifrable
de algunos vendedores, la salmodia
quejumbrosa y alegre de aquellos pordioseros.

Regresa el sabor del pan dulce, las meriendas jugosas, la
sonora alcancía
y esta brusca claridad del sol en los jardines:
un cerco de petunias, la sombra del cauvaro,
la tibia espera y este exótico amor por los zorros
y los cuervos.

En la despensa de olores confinados un silencio respira
devoto y nutritivo, mientras por los balcones
la yedra feroz de los cuidados, incuba la puntual geometría
el enjambre que aguarda una luz azulada
la hora de la miel y el instante del vuelo.

¿Quién no sufrió la furia del hastío en vacaciones
el subterráneo florecer de esos juegos sin cajas y sin reglas?
¿Quién no atravesó, temblando, el largo corredor
de las ausencias y sintió
la noche que no avanza y pesa
detrás de la puerta
con la alarmante irrealdad de lo que aún no llega?

Ahora sé que la infancia es un mito
que inventaron los viejos, y la edad
algo confuso que llevamos demás
y que no conocemos.

Imaginamos apenas la edad que tiene el mundo
esa imprecisa distancia que lo acerca
o lo aleja:
ahora es hora de comer
ayer fue Carnaval
mañana es Año Nuevo.

Así las palabras se mueven
torpemente, rompiendo la dureza del mundo
dibujando otra cosa
a su manera.

Con la recia campanada del almuerzo
un mundo comenzaba a mediodía

La mesa reparte su cansado señorío:
nombres que la tierra amortigua, ceremonias
desvanecidas, cristales rayados de viejas galanterías
recuerdos, secretos y sonidos

Despacirosa, con la gracia de un animal muy fino
la reina se acomoda.
Pero ya no sabemos con qué cuchillo cortar

en qué vaso beber, cómo servir
esta abundancia rara, cómo limpiar las manchas
imborrables del tiempo sobre la plata,
éramos ya casi nada, imágenes que dejaron
las sombras de los antepasados, quizá un regalo
que la muerte nos da por adelantado.

Alrededor de la mesa probamos la dulzura de un reclamo
las primeras y breves asperezas del amor, las delicadas
filigranas del reproche y esos finos arabescos
por donde se desliza la maldad.

A veces una cosquilla sacudía las palabras
y eran como tornillos que se aflojan de repente
y caen en una loca y pesada risotada.

Había de todo: relinchos de sorpresa y gruñidos de placer
dulcísimos Aleluyas, agudísimos "¿por qué?"
y aquellos "yo te lo dije" que caían
como gruesas rebanadas sobre el mantel.
Recuerdo también un épico crescendo de "¿te acuerdas?"
mientras un coro de euménides parientes
entonaba su rencor ancestral.

Después, entre los ruidos de la loza y los sorbos
calientes del café

la sobremesa
lenta embriaguez de las familias
asciende
avanza
con cadencia de mujer embarazada
se recuesta
y en saludable bostezo se ensancha
oficiando
los misterios gozosos de la siesta.

La conversación alcanza allí sus ritmos
más graves: se aposenta, se mece o cabecea
hasta dar con esas palabras empotradas,
obstinadas en su fijeza, que años después
vimos desplazarse y derramar al fin
sobre nosotros su terrible y su sagrado